

Marlo Osces

Noticario

«LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS», de *Jorge Fernández*,
Nascimento, 1951.

Novela de aliento, excede a las cuatrocientas páginas largas.

«Los que viven por sus manos» son aquellos desposeídos que en la elegía de Manrique hallan el consuelo de la ultraterrena igualdad, porque «allegados» serán pares de los «ricos»... (?).

La acción se desarrolla en Quito, capital de la patria de nuestro autor, y sus personajes son los miembros de algunas familias de clase media, cuyos recursos exigüos por demás, envenenan la infancia, la adolescencia y la juventud de los vástagos.

Desfile denso de seres y situaciones nos permiten apoderarnos de los mezquinos modos de vida que Fernández traza vigorosamente, sobre todo aquellos que chupan del presupuesto nacional, como las moscas en los estercoleros. Surgen, entonces, algunos retratos inolvidables, «funcionarios» con olor psicológico de cadáveres, con apariencias de estantiguas. No cabe duda que tras estas proyecciones oportunas y fe-

lices hay cumplido conocimiento de la vida ciudadana pública y diplomática, ni tampoco que ellas nos calzan a los sudamericanos en general.

Los personajes esenciales son dos: Santiago y Marga, y si nos apuran mucho diremos que es sólo la última. Ambos nacen y se crían en privación, mas, la pobreza del muchacho es de tono decente, pobreza que solventa el ínfimo empleado público que es el padre. Marga, en cambio, vive en miseria bruta, de un solo cuarto de compartir con los padres y dos hermanos menores. Añade la desgracia de que el progenitor consume el salario de hortera licenciosamente e inflige formidables palizas de vez en cuando a la mujer que sustenta la casa con los trabajos abrumadores de la costura.

Marga se halla notablemente realizada. No recordamos haber encontrado un síndrome de histeria tan bien promovido como éste. Hay en esta muchacha de atrayente y repulsivo, algo de salud y morbosidad a la vez que la hacen interesante hasta la compasión trágica cuando la sabemos huésped al fin de la locura.

La obra cuenta con pasajes de maestría evidente. Marga concibe el horror de la miseria desde la leche, y su vida entera es un empinarse para no respirarla. Su bovorismo no es el de la figuración, horra de cultura elementalísima como es, sino es más simple y recio: quiere el dinero liberador, y no le sucede más que perseguirlo. Se ve frustrada siempre. Casa con el modesto amanuense de Juzgado que es Santiago, y no logra siquiera comprar un abrigo a su gusto; tiene un amante que perece antes de liberarla. Su conducta social y sexual está mordida por el complejo de la estrechez económica, nunca abolida con certidumbre inobjetable.

Sin embargo, de tanto como es de encomiar la novela de Jorge Fernández, libro donde hay atmósfera y tipología valiosas de creador, debemos reconocer en «Los que viven por sus manos» defectos de técnica, lenguaje y estilo que perjudican la calidad total.

Fernández suele tomar partido y censurar a más de una de sus creaciones. O a más de un hecho, actitud que no se excusa en la novela, género en que lo moral no siempre tiene el primado. Agreguemos a la elocuencia morigeradora muchas páginas en que se acumulan antecedentes descarnados, con estilo indirecto, poco vital. En la novela hay que evitar lo esquemático y dar paso a la sustancia viva. Como resultado de este procedimiento de información, se obtienen a menudo síntesis hipertrofiadas, caricaturescas.

Suele campear en la obra castellano poco recomendable. Vacila las intaxis, hay inconsecuencias intemporales inconcebibles por su obstinada iteración. Abundan las construcciones ambiguas de vario orden, los solecismos de régimen, las impropiedades, al punto de que en ocasiones la obra parece ser una mala traducción, criterio abonado por la copia de galicismos que pueden espigarse.

Estilísticamente vale la pena subrayar la tendencia a la expresión breve, cortada, que da sabor telegráfico al asunto, perjudicándolo en forma ostensible en su naturalidad.

Compete relevar estas deficiencias, y hasta cuantos nos dejamos en el tintero, tratándose de un escritor de madera tan esclarecida como el de este compatriota de Icaza, el aguafuertista de Huasipungo. Fernández es troquelador psicológico de estirpe. Junto a Santiago, a Marga, ¿cómo podremos olvidar a ese

imponderable pelagatos de Arnaldo o a su mujer inmensa, que tiene la virtud de los grandes, y que consiste en no aguardar premios, ni siquiera el de que los hijos retengan su nombre?

«Los que viven por sus manos» es un plato fuerte, de los mejores en la minuta de la novela psico-social sudamericana.

«EL SUR DORMIDO», de Miguel Arteche. Ediciones de Librería Neira, 1950.

Desde el primer poema, «Llanquihue», escrito en alejandrinos franceses libres, apunta en Arteche un lirida fino. Puebla de impresiones la voz creadora de aire estético, de atmósfera sensible. A pesar de que cada verso es una sentencia (que hemos llamado arci-finio o de límites naturales en Trinidad Poética de Chile), el fruto madura y debe cogerse sólo en la totalidad de la composición; si acaso, en una estrofa suele anidar el sabor de la síntesis:

«Entre el bosque lejano otra vez el otoño.

Vaporoso, silente, entre la niebla vuelve.

Distribuye su rostro y su cuerpo cantando,

pero su voz ausente duerme sólo en la tierra.

Brota el silencio lleno sobre el agua secreta.

Ya sube el lento paso del corcel sobre el lago.

Ya escapa entre el mañío su mano desolada.

Ya el aroma se cruza de voces esponjosas.

El otoño otra vez tan lejano lo mira.

Otra vez el otoño vuelve sobre Llanquihue».

Es el clima de melancolía húmeda del sur. «El Sur Dormido», cuya respiración, escuchamos tantos, y cu-